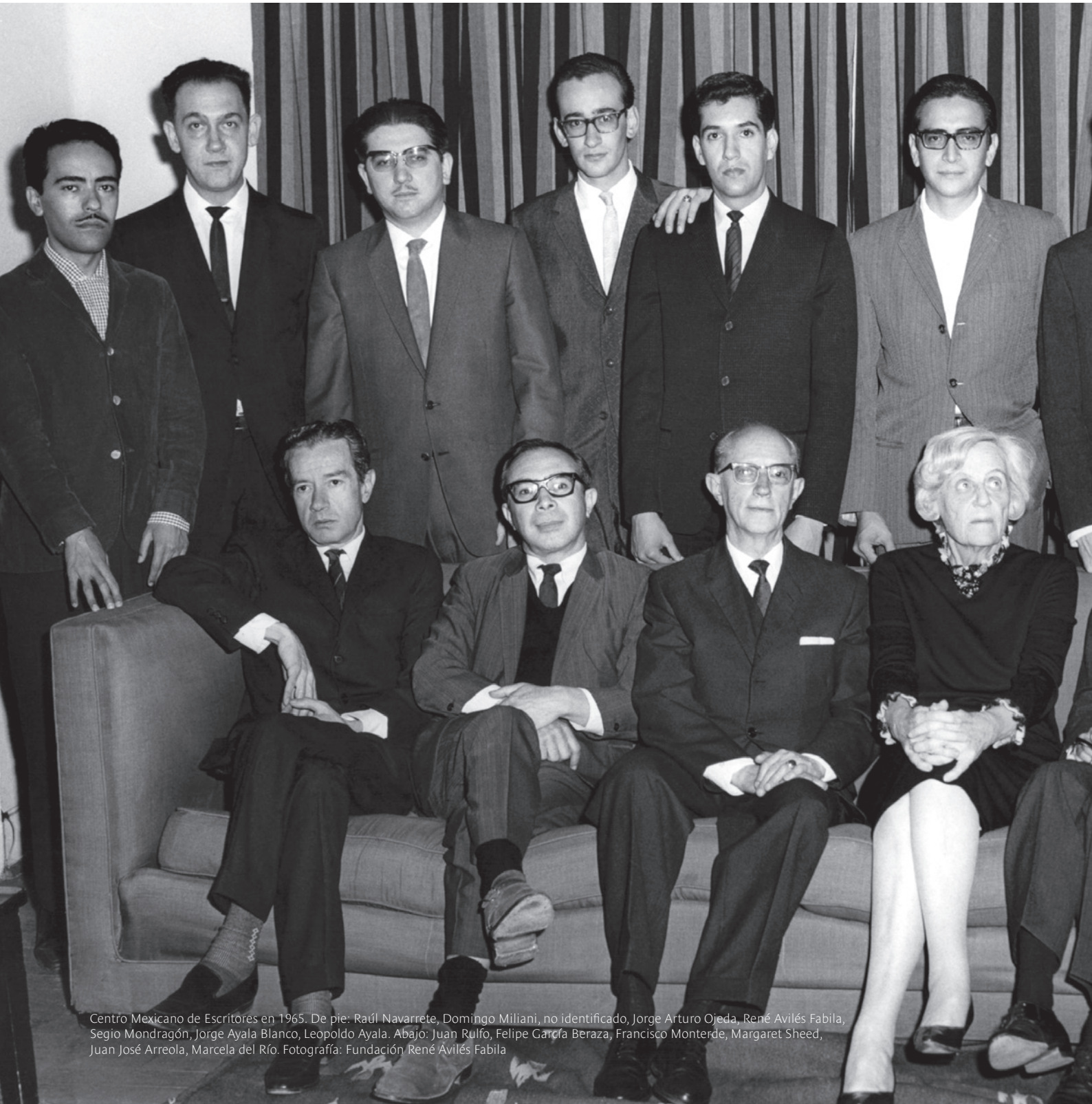


Todavía no es



Centro Mexicano de Escritores en 1965. De pie: Raúl Navarrete, Domingo Milliani, no identificado, Jorge Arturo Ojeda, René Avilés Fabila, Segio Mondragón, Jorge Ayala Blanco, Leopoldo Ayala. Abajo: Juan Rulfo, Felipe García Beraza, Francisco Monterde, Margaret Sheed, Juan José Arreola, Marcela del Río. Fotografía: Fundación René Avilés Fabila

nostalgia



Juan Luis Nutte

DURANTE 1994 ASISTÍ CADA SÁBADO A UN TALLER DE NARRATIVA en el Museo del Chopo, el poeta Juan José de Giovannini lo impartía. Luego de varios meses bajo su tutela, nos alentó para que hiciéramos una revista literaria, argumentando que ya teníamos cierta calidad para publicar nuestros cuentitos. Entusiasmados, ocho integrantes del taller comenzamos a idear el nombre de la revista y a recopilar los mejores textos trabajados con Giovannini. El primer número de *El Castillo* fue vergonzoso; tuvimos la idea, jóvenes inexpertos en cuestiones de diseño y edición, de mandar imprimir la revista a un taller de los Portales de Santo Domingo. La publicación, más que una revista literaria, fue un folleto comercial. El impresor, sin consultarnos previamente, había tomado la decisión de incluir publicidad de muchos de los locatarios de Santo Domingo, lo único bueno de esa publicación fue que algunos impresores nos ofrecieron descuentos si deseábamos imprimir algún título universitario. El segundo número de la revista fue mejor planeado. *El Castillo* llegó a tener cuatro números a lo largo de dos años, verdadero record para una revista independiente; llegamos a incluir entrevistas que hicimos a Guillermo Samperio, Edmundo Valadés, Ignacio Betancourt y René Avilés Fabila, incluso éste último llegó a darnos consejos para mejorar nuestra labor editorial, nos cedió un par de cuentos suyos, y también nos hizo el honor de presentar la revista ante un público *snob* y ebrio en el hoy desaparecido bar de moda: El Hijo del Cuervo.

La entrevista con René la realizamos gracias a Giovannini que laboraba en *Revista de Revistas*, era su vecino de oficina en las instalaciones del *Excelsior*, donde se albergaba el cubil del suplemento *El Búho*. Nos emocionó la posibilidad de conocer a uno de los integrantes de la generación de la Onda. Yo ya había leído a Parménides García Saldaña, José Agustín, Gerardo de la Torre y Gustavo Sainz, pero a René Avilés Fabila no. Era extraño que el grupo de amigos

que nos reuníamos a tallerear y comentar nuestros amoríos frustrados y hallazgos bibliográficos, mientras bebíamos y fumábamos maratónicamente, jamás nos hubiésemos topado con las espléndidas novelas y cuentos de René, y más raro aún porque leíamos cada domingo *El Búho* donde él, René Avilés, de vez en vez publicaba minificciones, cuentos largos o espléndidos ensayos. Tal vez esto se deba a que René Avilés Fabila cultivó en su literatura un estilo menos desparpajado, elegante, sobrio, adecuado a sus temas amorosos y fantásticos, siempre sazonados con humor negro, mordaz e inteligente que lo distinguía de sus condiscípulos de generación que gustaban más a los jóvenes, o simplemente porque éramos unos chavos que no tenían una disciplina y curiosidad lectora.

Así, cuando Juan José de Giovannini nos informó que estaba concertada la cita para entrevistar a René, conseguimos sus libros y empezamos a quererlo y a identificarnos con su peculiar estilo, esto siempre sucede cuando un escritor es de cepa, de esos de veras talentosos. Lo primero que leí fue su espléndida novela *Tantadel*, narrada con sobriedad y ternura nada impostada, la honestidad de René Avilés para contar y hacernos partícipes de esa historia amorosa que jamás roza la cursilería, fue suficiente para que yo buscara más libros de él. Luego quedé aún más sorprendido con sus cuentos de *Hacia el fin del mundo*, que me mostraron cómo se debe escribir literatura fantástica y humorística donde no está exenta la sátira política y social.

La entrevista fue realizada en su oficina de *El Búho*. Años después de esa reunión fui colaborador del suplemento, allí conocí a escritores como Francisco Liguori, Andrés Henestrosa, Gonzalo Martré, Ricardo Guzmán Wolffer, Edmundo Domínguez Aragonés, Darío Galicia, Macario Matus, Félix Luis Viera, Otto Raúl González; a los artistas plásticos Juan Alarcón,

Gonzalo Utrilla, Felipe Posadas, Fernando Correa Arrazola, además de los integrantes del consejo editorial, que por cierto, con uno de ellos aún conservo una amistad entrañable, David Gutiérrez Fuentes; para el tercer número de *El Castillo*, David se sumó a nuestra revista, primero como colaborador, luego como miembro del consejo editorial.

La entrevista la hicimos Raúl Jiménez, Salvador Bretón y yo, además de un amigo fotógrafo, Humberto Parra, quien se desplazaba a sus anchas dentro de la oficina de René. La entrevista se volvió una charla entre amigos, pronto olvidamos el guión que llevamos, la naturaleza antisolemne de René y la tolerancia que dispensó a esos tres imberbes aspirantes a escritores aquella mañana de algún mes de 1994 nos abrió las puertas de su afecto. Concluida nuestra misión, René nos invitó a volver para charlar de literatura, música y mujeres. Prometimos regresar para obsequiarle la revista donde sería incluida nuestra conversación.

Y regresamos al segundo día debido a que nuestro flamante fotógrafo, por algún motivo, había olvidado durante las dos horas que permanecemos con René, quitar el protector de la lente de su cámara fotográfica, sólo había derrochado flashazos sin objetivo alguno. No hallamos a René y tuvimos que conformarnos con una foto que nos prestó David Gutiérrez del archivo del suplemento.

Le hicimos algunas vistas después, y ya familiarizados, le propusimos que nos diera un taller de cuento, nos cooperaríamos para pagarle cada sesión. Sin pensarlo mucho, René se negó a que le pagáramos. Nos daría una sesión mensual, dijo, y tal vez ni eso, podrían pasar varios meses sin que pudiésemos tener alguna sesión. Si no teníamos inconveniente con ese detalle, estaba dispuesto a darnos el taller en su oficina de *El Búho*. Asistimos a su taller durante dos años. Desde la

primera sesión hasta la última, que fue cada viernes, jamás nos plantó. Allí aprendimos que la literatura no debe ser solemne, así sean temas trágicos siempre hay un ángulo risible. Nos recomendaba a sus autores dilectos: Truman Capote, Juan José Arreola, Mailer, Juan de la Cabada, Chejov, Nerval, Torri, Papini, Rubén Salazar Mallén, Elena Garro... Aprendimos a respetar a los escritores que nos antecedieron, a darles su justo valor.

Un mañana nos anunció: “Ya no podré darles ni una sesión más. Ya están graduados, están listos para colaborar en *El Búho*, les pagarán sus colaboraciones, así tendrán para sus dulces y para que me inviten unos güisquis, que bien los merezco luego de haberlos soportado tanto tiempo, cabrones”. Colaboramos en el suplemento durante cinco años hasta que René renunció al *Excelsior* y nos fuimos con él a darle una nueva vida a *El Búho*, primero como revista impresa y ahora digital. Luego, gracias a su generosidad y confianza en nuestro talento literario, publicó nuestros primeros libros de cuentos en una colección de narrativa, *Gato Encerrado*, con el sello de la Unidad Xochimilco de la UAM.

Ahora que han transcurrido algunos meses del fallecimiento de René, tengo la impresión de que aún vive, que anda viajando de una ciudad a otra para presentar sus libros o dar conferencias en universidades. Tengo esa sensación, ¿cómo expresarlo?, ¡carajo! Sólo los que han sobrellevado la muerte de un ser querido sabrán a qué me refiero con esta inutilidad expresiva, con esta añoranza amorosa que nos abriga por algún tiempo de la pérdida de aquel al que amamos y sabemos que ya no será más persona, que ya no estará más frente a nosotros, que jamás responderá nuestras llamadas telefónicas, los mensajes o los *emails*. René, mi amigo, mi maestro, sigue presente, como si se hubiese ido de viaje. Mi duelo es tan espeso que me arropa con una somnolencia que entorpece la realidad de mis vigiliias y entonces nada de lo que percibo cada día me consuela al advertir el vacío que René ha dejado en mi vida, así vuelvo a reiterar en la sensación de que mi amigo recorre alguna ciudad o quizás se asolea en un nuevo viaje a Egipto.

Y pienso firmemente que mi querido René Avilés Fabila aún no es nostalgia, porque la nostalgia es el primer aviso del olvido, y el olvido es la confirmación de lo que ya no existe entre nosotros. 